



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de
Puebla
México

Guerrero Osorio, Arturo

La comunalidad como herramienta: una metáfora espiral II

Bajo el Volcán, vol. 15, núm. 23, septiembre-febrero, 2015, pp. 113-129

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28643473007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA COMUNALIDAD COMO HERRAMIENTA: UNA METÁFORA ESPIRAL II

Bajo el Volcán, año 15, número 23, septiembre 2015-febrero 2016

Arturo Guerrero Osorio

Fecha de recepción: 25 de noviembre de 2014

Fecha de aceptación: 06 de diciembre de 2014

“Comunalidad” es *mundo y relato*. Como mundo se vive y ya. Es experiencia cotidiana en la Sierra Juárez y en otras regiones de Oaxaca. Gozo y padecer compartidos. No necesita nombrarse ni explicarse. El mundo es una de las tres dimensiones de la realidad. Como relato, es reflexión *desde* ese mundo y puede ser, entre otras cosas, un puente entre lo comunal y la sociedad económica. Un instrumento propiciador del encuentro. Que nos permita reconocer lo propio. Pero también lo ajeno y la posibilidad de un reconocimiento mutuo. O al menos así interpreto los trabajos del finado Floriberto Díaz y de Jaime Martínez Luna, quienes crearon, por separado, la perspectiva de la “comunalidad”. En su mundo, comunalidad es palabra; en su relato, un término (Esteve: 2015). Aquí propongo una forma para este relato: espiral.

Comunalidad es movimiento. Vida. El remolino que se forma cuando la corriente del río choca contra la raíz de un árbol. Veo al mundo comunal como el giro integrado de tres espirales distintas, inseparables e interpenetradas: *afuera, raíz y experiencia*. Esta tríada no nos dice qué es la comunalidad, sino hacia dónde podríamos otear. Orientación de la mirada al indagar en lo comunal. En este sentido, pretendo aquí esbozar una herramienta heurística.

La primera parte de este artículo apareció en la revista *Cuadernos del Sur* tomo 34, en 2013.¹ En ese texto describí la *espiral afuera* y la *raíz* de la comunalidad. Un “afuera” no geográfico sino mental: lo no-comunitario. El afuera también puede estar dentro, y el adentro, afuera. La espiral afuera expresa las relaciones de poder: una *imposición* externa genera y enfrenta *resistencia* interna, y la adecuación resultante es lo que somos, el Nosotros comunal. La imposición puede ser violenta o sutil. La resistencia no siempre ocurre, y también se acepta y colabora. La raíz de ese Nosotros se constituye con cuatro pilares, de los que se “despliegan” principios y veredas. Aunque más que pilares quietos pensemos en una rosa de los vientos: territorio/autoridad/trabajo/fiesta (Robles y Cardoso, 2007; Martínez, 2013). Los cuatro rumbos del mundo comunal en un solo movimiento. Como principios comunales distinguí: guelaguetza, reciprocidad, respeto, individualismo, pleito, complementariedad e integralidad. Y como veredas: servicio, gracia, lo propio/malinchismo, hospitalidad y envidia.

En esta presente segunda parte, describiré la *espiral de la experiencia*, sustentada en aquella raíz. Compuesta de dos dimensiones: *acuerdo* y *ejercicio* comunales, es el giro de compartencia donde se realiza el Nosotros. Al final del texto, sugeriré formas de usar esta herramienta.

ESPIRAL DE LA EXPERIENCIA

Dimensión del acuerdo

Acuerdo propio

La raíz se torna audible y hasta cierto punto visible en el *acuerdo propio* (lo que suele denominarse “sistemas normativos internos”, “usos y costumbres”, “derecho indígena”, etc.). En el acuerdo está cifrada

¹ Disponible en www.pacificosur.ciesas.edu.mx/Images/cds/cds34.pdf

la comunalidad. Los pilares, los principios y las veredas no están aparte, en un mundo ideal platónico, sino que conforman el horizonte dentro del cual se formula, recuerda y ejecuta lo consensuado, lo tenido por correcto. Se trata de nervaduras verbales, sedimentadas pero flexibles; de fórmulas, sentencias y leyendas; recordadas y expresadas. Y de prácticas singulares pero reiterativas, con las que se establece el orden y la verdad comunales. Que sólo existen en acto: la distinción entre acuerdo y oralidad no es real, sólo analítica. Esta condición oral del acuerdo propio lo hace invisible, incomprensible, o inexistente, ante la mentalidad textual.

El acuerdo propio es el ejercicio de la autonomía relativa, derivada del choque persistente entre heteronomía (derecho positivo) y ontonomía (modos regulativos de *Nepantla* o mesoamericanos). En el derecho positivo primero está el derecho y después la obligación. En el acuerdo propio primero se cumple la obligación y con ello se obtienen derechos. Hablamos del entramado de sentencias, juramentos y reglas que definen la forma y dinámica de la urdimbre y de las instituciones propias, con las que se recrean cotidianamente la mayoría de las comunidades de Oaxaca, sometidas por la sociedad mayor. Una contextura normativa distinta en cada comunidad, y en cada situación, fundada en la raíz y en los imperativos de lo cotidiano. Un rasgo cardinal del acuerdo es su integralidad: no es una esfera autónoma de la dinámica social, como el derecho positivo, sino que abarca, permea e involucra a la totalidad del mundo (raíz, acuerdo y ejercicio), y a las tres dimensiones de la realidad: cósmica, divina y humana (Panikkar, 1999b).

Además de la palabra, la imagen y los actos que son “ley”, el acuerdo se operativiza en *instituciones* y *urdimbre*, de manera diferenciada y específica según cada comunidad. Con el acuerdo y estas instituciones se establecen las reglas de la compartencia y el pleito, y de la formación, ponderación y participación en el Nosotros al recrear el territorio. Y también las pautas de interpretación del *sedimento*. Cada persona en la comunidad es distinta, y es distinta a sí misma cada vez; y, asimismo, cada situación es distinta. El acuerdo propio reconoce esta condición del mundo, y da

un trato diferenciado a cada persona y situación. Resulta evidente el choque con el derecho positivo, que parte de la premisa de la igualdad de todos los individuos ante la Ley.

Instituciones

Asamblea y Cargos

La autoridad comunal se organiza con el acuerdo propio en al menos tres instituciones: la *asamblea*, los *cargos* y el *tequio*. El acuerdo propio controla a la asamblea, y la asamblea controla al acuerdo. En la asamblea se dirimen diferencias, hay discusión de las problemáticas comunes, y se toman los acuerdos necesarios. Se persigue la construcción del consenso. El acuerdo establece el tipo de problemas a discutir, su ordenamiento, y la manera de plantearlos y abordarlos en la asamblea, así como los modos para consensuar. La asamblea es la encarnación del Nosotros comunitario, de la autonomía relativa, y sobre todo, de la dignidad comunal. La Ley foránea y sus prácticas –tanto la positiva como la dictada por la sociedad económica, o las iglesias–, tienen en la asamblea su ponderación: allí se decide a viva voz, entre todos, qué hacer, si se rechaza, se acepta, se adecua o se negocia como comunidad tal iniciativa externa. La organización del trabajo en la comunidad, y las relaciones con los vecinos regionales y con la sociedad mayor, van a ser decididas desde la asamblea. Claro que no siempre ocurre así.

De ninguna manera sugerimos una instancia infalible, o sabia y justa por antonomasia, libre de contradicciones y de los atavismos de la democracia representativa. Simplemente afirmamos que es el método propio de reflexión, decisión y organización. El remolino que la gente adopta para ordenar su vida en comunidad, cara a cara, construyendo el consenso entre lo diverso, y trazando las directrices de la convivencia es la fragua del acuerdo. En asamblea se nombran –no se eligen– a las y los servidores, a las personas que servirán en los cargos, como autoridades municipales o comunales, por ejemplo. Así, hay asambleas de distintos tipos: las generales de

ciudadanos, de comuneros, de los comités, etcétera. Cada Nosotros en la urdimbre comunal se organiza a partir de la asamblea.

En la asamblea general se reúnen tradicionalmente los ciudadanos varones, y algunas ciudadanas, como madres solteras o viudas. Aunque recientemente esto ha ido cambiando; en algunas comunidades oaxaqueñas las mujeres sí participan en estas asambleas, y se desempeñan como servidoras, incluso como presidentas municipales. Entre las causas de este cambio podemos mencionar: la emigración; una mayor escolarización de las mujeres; la auto-percepción de algunas mujeres como excluidas, asociada a la discusión y organización en torno a los derechos y la equidad de género en las comunidades; y la transformación sincronizada entre lo comunal y la vida planetaria que, nos parece, tiende hacia una necesaria feminización del mundo.

Una primera suposición podría ser que en la asamblea general y en los principales cargos de muchas comunidades las mujeres están excluidas. Pero hay que pensarlo dos y más veces. No minimizo el peso de la estructura inicua y patriarcal que en la comunalidad también se reproduce (con el individualismo, el pleito y la envidia). Habría que profundizar en ello. Sin embargo, podemos considerar un par de cosas: en lo comunal el individuo es una rareza (que, como plaga, en los últimos años se ha extendido). Allí, es la persona la que *rifa*. En un Nosotros. Es decir, la participación en la asamblea general y en los cargos no es individual, sino por familia. Además, la participación no puede reducirse –como se suele hacer desde “afuera”– a la “participación política”, entendida como voz y voto en la asamblea general y ocupación de altos cargos en el municipio o agencia. La vida comunitaria cuenta con múltiples espacios y tiempos donde hombres, mujeres y críos se realizan participando. Unas y otros con los ritmos y colores propios de su género, o bien, de su condición de infante. No es un paraíso: es vida cotidiana.

Tenemos la complementariedad asimétrica y ambigua entre los dominios de género masculino y femenino que Illich advierte como propia del *género vernáculo* (Illich, 2008). A este orden dual le agrego un tercer dominio, el de los infantes. *Infantes* son las y

los niños que aún no pueden hablar adecuadamente la lengua de su comunidad, y los contemplo por ello en un espacio mental distinto a los de sus padres. De ninguna manera estoy hablando de la “familia”. Más bien, del reconocimiento de tres diferentes espacios mentales en la realización comunal. De un orden triádico: el vernáculo –aunque ciertamente dislocado por el sistema económico y la Ilusión patriarcal–, más el tercero incluido. Con contradicciones e inequidades insoportables, que muchas comuneras, comuneros y aliados buscan corregir. Desde afuera podría exigirse “que se cumplan todos los derechos” y que las mujeres entren a las asambleas y hagan los cargos de los que se supone los hombres las marginan. O bien, que los niños no trabajen. Pero desde adentro, como me comentó una vez Alejandra Aquino, algunas mujeres podrían decirle al externo que mejor vaya y haga él (o ella) ese cargo. Un cargo es una vaina muy pesada de llevar. ¿Quién quiere hacerlo?

En la Sierra Juárez de Oaxaca el sistema de cargos para el cabildo municipal contempla, en general, a los Topiles, quienes son el equipo de apoyo operativo del Ayuntamiento y de la población. Les siguen los Mayores de Vara, quienes coordinan y son responsables de los grupos de Topiles. Después están los Regidores, de Educación, de Salud, de Hacienda, y según cada comunidad, también de Obras, de Mercado, etcétera. El Síndico es quien sanciona a los infractores, así como hace de mediador en los conflictos entre particulares. El Tesorero maneja los fondos. El Presidente encabeza al Cabildo y a la comunidad. Y finalmente, el Alcalde, quien apoya al Síndico, y al Cabildo en general como persona caracterizada que es. Aunque todo esto varía según cada comunidad y región.

Los caracterizados son las personas que han cumplido con sus cargos y son consultados por las autoridades en turno o en la asamblea. Otra Autoridad complementaria es el Comisariado de Bienes Comunales, con su Presidente, Tesorero, y Comisariado de Vigilancia; quienes se encargan de resguardar los bienes naturales y la integridad del territorio comunal, física y legalmente. En los diversos comités que cada comunidad genera también nombran, normalmente, a un Presidente, un Secretario, un Tesorero,

y a algunas Vocales. Sin embargo, en todos los casos, se trata de servidores, no de gobernantes, que cumplen un cargo de manera gratuita y obligatoria, y están determinados y sometidos a la autoridad primera y última de la comunidad: la asamblea general. Los servidores sólo ejecutan el acuerdo colectivo, y son llamados a cuentas por la asamblea que los nombró para ese cargo, donde pueden ser destituidos o sancionados, incluso con la cárcel. Se trata del “mandar obedeciendo” en acción.

Tequio

El tequio es trabajo que la persona realiza para el bienestar común, sin remuneración económica, y de riguroso cumplimiento. Con el tequio, la Autoridad recrea al territorio. No obstante, el tequio es de todos, es decir, toda la gente de una comunidad, para serlo, debe realizar ineludiblemente cargos y hacer tequios. El Síndico convoca a los ciudadanos para limpiar el perímetro del territorio, a reparar una falla en la toma de agua potable, a cavar zanjas para poner banquetas, etcétera. Pero también un comunero puede convocar a sus vecinos y amigos a techar su casa. El tequio opera bajo la pauta de la reciprocidad.

Urdimbre

Las personas-nudos en redes de relación (Panikkar, 1999a) se realizan en un Nosotros. La familia, los compadres, los amigos, el barrio, el Cabildo municipal, la banda de música, son distintas formas de Nosotros. Nucleamientos de nudos en redes de relación. Mujeres, hombres y niñ@s entretejidos. Nosotros en formación, Nosotros desapareciendo, y Nosotros persistentes. Interaccionando. Los Nosotros que vamos siendo. Las formas del sentimiento. Los encuentros cambiantes, con sus desencuentros. La prioridad del Nosotros la tiene la comunidad. La gente se identifica en primera instancia con su tierra, con su pueblo de origen. Desde ese Nosotros comunal se posi-

bilita hacia dentro, conforme al acuerdo propio de cada comunidad, una diversidad de Nosotros de distinta índole, suerte y duración, que conforman la urdimbre comunal: esos hilos base sobre los que se trenza la trama de los Nosotros que somos, donde las personas se tejen entre sí. Podemos decir que tal urdimbre está inserta en una mayor, de carácter intercomunitario y regional.

Dimensión del ejercicio

Sedimento y lo Innombrable

El *sedimento* al que me refiero se originó en el reacomodo tectónico donde emergió la tierra que hoy llamamos Oaxaca. Toda la Vida pasada en esa tierra está sedimentada de una forma u otra, como actualidad y posibilidad. La de piedras, plantas, bestias, y seres sobrenaturales y divinos, que han vivido ahí, en los últimos nueve millones de años. El andar del *homo sapiens* en esta latitud habría iniciado hace unos treinta mil años apenas; y nuestra especie, a la que me atreveré a llamar *homo cordis*, sólo diez milenios, desde que inventó en este continente la agricultura. Es decir, la mayor parte de la experiencia vital sedimentada es no humana, aunque la humana sea la más disruptiva.

En el sedimento están los tlacuaches y las ventanas. El sistema nervioso central de los animales, los peinados y las cicatrices de la gente. Las promesas dichas, las recordadas, y quizá también las olvidadas, que resucitarán un día, como todo lo que se va. En el sedimento está, en el presente, todo lo vivo y lo muerto en las tierras y los cielos de una comunidad y de su región. Toda su experiencia y todo lo que estuvo antes, toda su duración, decantada en la imagen actual. El sedimento es la materia de las formas. La morada de los símbolos. En el sedimento podemos encontrar las huellas de la polaridad masculino-femenino. Sin embargo, no se trata de un almacén con multitud de improntas y de cosas. *No es una memoria*, sino el lugar de la percepción, el gatillo para recordar. Las formas que distinguimos son del sedimento. La carne y

el símbolo. Esto, porque existe una continuidad entre la carne del Nosotros y el mundo. El labrador y su milpa son dos momentos de un mismo movimiento. El sedimento es la Tierra y lo que hay en ella antes de ser Territorio. El detonador de la palabra y la imagen al abrir los ojos. Suelo del encuentro. Mar silencioso. Lugar viejo que pisamos, en el mundo y en el recuerdo.

Llamo *Innombrable* a lo velado. Al secreto que guardan el Universo físico y el mundo. Al misterio de la Vida. A lo que estuvo antes y a lo que quizá vendrá. A lo inefable cotidiano. Al Dios Dual, al Señor y la Señora Jaguar. Es lo que nunca sabremos: rebasa el horizonte del entendimiento humano. Innombrable es la naturaleza de la raíz y de la vida que la genera y se orienta desde esa raíz. Lo innombrable está presente en la organización (acuerdo) y en las formas (ejercicio). No es posible ni deseable conocerlo y nombrarlo todo. Ni siquiera conocer con certeza plena. Sólo Dios *sabe*. La experiencia concreta va mucho más allá que las palabras. No podemos decirlo todo. Lo innombrable es el océano donde flota la isla del sedimento. Y también, los ríos que atraviesan tal isla, la lluvia que la baña, y el jugo de sus frutas. Lo innombrable es la segunda dimensión de la realidad. Y está en el corazón de lo que somos y de todas las cosas.

Oralidad

En el principio fue el trabajo y el verbo, con los cuales se transformó al Universo físico en Mundo. Se generó un espacio mental de certezas asociadas fundamentalmente al habla y la escucha y a la naturaleza del sonido; y en segundo término, a la mirada y la imagen. Éste es el horizonte previo a la comunidad, pues a partir de la Conquista la oralidad de estas regiones serranas quedó formalmente sometida por la Ley del texto como fuente primera de sentido. De golpe, se impusieron las certezas de la mentalidad alfabética –tales como la Historia, el Yo, la Memoria, o la Mentira–, que venían estableciéndose en el pensamiento occidental desde el siglo V a.C. (Illich y Sanders, s/f). El uso de los oídos, voz, ojos y

manos cambió radicalmente. Sin embargo, aunque los pueblos de Nepantla conquistados aceptaron relativamente rápido estos axiomas –apropiándose en muchos casos de la tecnología de la escritura y del discurso legal positivo para sus propios fines–, en general mantuvieron en la oralidad los medios y modos para la recreación cotidiana de su mundo. Claro está que ya no es aquella oralidad antigua. En la oralidad moderna sus certezas y técnicas mantienen la prioridad en la reinención cotidiana de la convivencia, a pesar de estar sometidas y reordenadas bajo la mentalidad alfabética, y, recientemente, la cibernética. Adecuando la distinción de Martínez Luna, vemos en la oralidad tres componentes interactuando, complementarios, interdependientes, como si giraran: lo cotidiano, el recordar y la esperanza (Martínez, 2013).

Lo cotidiano

En lo cotidiano se dan los encuentros y desencuentros, la guelaguetza y la pelea. Es en el día con día que el suelo se pisa y sucede el milagro. Con participación y sentimiento. Lo cotidiano es la gente y el paisaje que vemos. Las imágenes que fabricamos, las que recordamos y las que soñamos. En el habla y la escucha distinguimos contenido y forma. En el contenido está la *lengua propia* y lo que se dice con ella. Y la forma, el medio, es la oralidad. Carlos Lenkersdorf (1999) mostró cómo la morfología de la lengua tojolabal de Chiapas expresa la cosmovisión de ese pueblo. Creemos que tal descripción puede extrapolarse a las lenguas propias, vernáculos, de Oaxaca. Aunque al mismo tiempo estas lenguas sirvan como vehículos del pensamiento dominante. Al ya no hablarse una lengua vernácula se pierde de manera irreparable, por lo menos, un modo gramatical que no fragmenta el mundo en cosas, y una manera única de sentir y gritar la vida. Sin embargo, con el castellano como lengua impuesta se ha construido también una lengua propia en muchas localidades y regiones, donde se mantienen, transformadas, estructuras sintácticas, significados y expresiones de lo vernáculo.

En lo que se dice va el acuerdo propio, el chisme, el chiste. En lo dicho, lo no dicho y el silencio están los sentires y lo que se sabe (porque se recuerda). Al hablar reconocemos lo Innombrable. Lo que se dice cara a cara, el contenido del discurso, en el encuentro diario en la comunidad, está determinado en primera instancia por las formas de la oralidad. El medio moldea al mensaje, pero no se reduce a él, más bien lo posibilita. Con formas de la oralidad me refiero tanto a las psicodinámicas señaladas por Walter Ong (1987) (el ritmo de frases cortas y acumulativas, antes que subordinadas; repetidas, con aliteraciones y cacofonías; involucrando todo el cuerpo; referidas al mundo vital; etcétera); como a las formas que se generan con otros medios de la palabra hablada. Como la radio, el perifoneo o las videollamadas.

Recordar

La memoria, en tanto facultad humana con la que los recuerdos son almacenados para recuperarse después, es un axioma que sólo pudo aparecer cuando la certeza alfabética ya estaba instalada en la mentalidad de la Antigua Grecia: que la Palabra dicha, alada, puede descomponerse en palabras gráficas y fijarse en el espacio su sonido, para leerse posteriormente (Illich y Sanders, s/f). Es decir, no se trata de una facultad humana sino de un constructo histórico. Un particular cultural que se naturalizó y universalizó. La invariante biológica es el recordar. La memoria sería el modo de recordar de “Occidente” y de los “occidentalizados”. En la oralidad comunal de hoy se recuerda a partir de un modo propio, oral, dislocado por las leyes del texto y de la pantalla; por eso, también se considera a la memoria en esta oralidad. Recordar, antes que un archivo, es una acción que actualiza al sedimento y a la raíz, recreando al Nosotros en lo cotidiano. Podemos habitar una tierra porque recordamos. No hay una bodega de mitos de origen por ser contados, sino charlas sabrosas junto a la lumbre. Hay conocimiento, y es de todos. El sedimento funciona como asidero: la persona al escuchar hace distinciones en el sedimento, tanto en lo que oye y

en la imagen que ve, como en su corazón. Recuerda algo que puede ponerse o no en un relato. Lo reinventa. Sonríe, se estremece.

En el modo de recordar comunal de hoy podemos distinguir en el sedimento ciertos “dispositivos”, o “gatillos”, y técnicas empleadas en el presente para recordar. Por ejemplo, el dispositivo total: la planta de maíz. Veamos dos técnicas en este modo oral de recordar:

- El relacionar la alineación de los granos de maíz en la mazorca con el trazado del surco donde fue cultivada. En Ixtepeji, Sierra Juárez, se obtiene un juicio de valor sobre el trabajo del campesino –alguien cercano– y se desata una recreación verbal acerca de su historia personal, familiar y comunitaria, al revisar las circunstancias que lo llevaron a tal desempeño: si los granos siguen una fila recta, el labrador sabía su trabajo, pues aró alineada la tierra. Si no, se trata de un aficionado o de alguien que lo hizo sin gracia, sin don. Sus surcos estarían chuecos.
- La consulta de los granos de maíz como un oráculo, realizada por una persona de conocimiento: es un servicio requerido por un familiar, vecino o amigo. El o La Que Sabe agita en un cubilete granos de maíz que, tras una serie de rezos, lanza sobre la mesa. Las formas que adoptan los granos al caer sugieren, en quien tiene el don, la posibilidad de un relato sobre la circunstancia presente, pasada y quizá del porvenir, de quien solicita la consulta, en la Sierra mazateca.

Esperanza

En la oralidad comunal distinguimos dos disposiciones frente al porvenir: la expectativa y la esperanza (Illich, 2006). La expectativa florece en una mentalidad en la que el futuro puede ser colonizado desde el presente. La vida queda definida de antemano, sujeta a un calendario, a un reloj. Lo que vendrá ya está calculado, determinado, y en ocasiones hasta vendido. Por otra parte, con la esperanza estamos como quien espera un regalo, que quizá llegue,

quizá no. Esperando sin esperar. Nunca se sabe: sólo Dios sabe; ahí, la única certeza de la esperanza. Como una botella en el mar. La esperanza no es un plan, sino un abrazo.

En la comunalidad no es una u otra, sino ambas, que afloran y orientan la actitud hacia el mañana. El Desarrollo en Oaxaca, de mitad del siglo xx a la fecha, es el más drástico desplazamiento del centro de gravedad, que va de la esperanza a la expectativa. Sin embargo, la gente sigue albergando esperanzas y algunas las expresa y se vuelven colectivas. Y otras las deja en su corazón. Se parecen a las utopías porque sirven para caminar. No obstante, la utopía es como un faro allá lejos, y perseguirlo implica edificar expectativas. La esperanza es sonrisa y disposición en el andar. Apertura. Creencia en el misterio y deseo del milagro. La expectativa es un proyecto; la esperanza, el ánimo en el proceso.

La diferencia entre proyecto y proceso me la explicó Jaime Luna: un proyecto es cuando entrenas rigurosamente con tu equipo para ganar el campeonato y que te llamen a la Selección. Un proceso es una “cascarita”, un juego improvisado e informal entre los amigos, para después tomarse una *chela*, nada más por el gusto de encontrarse y estar bien.

Nosotros

El Nosotros es la celebración del encuentro de las y los diferentes. La convivencia de todos los seres sobre una porción de la tierra. En el Nosotros la gente comparte y hace, o no, lo que le corresponde. Incluso las bestias salvajes tienen su labor a la hora de cazar en manada. El Nosotros es trabajo, fiesta, palabra y miradas. Responsabilidad y alegría. Realización de la persona en comunidad. La plena encarnación comunal. En este punto el movimiento de las tres espirales –afuera, raíz y experiencia–, se entrecruza. Y ya estamos hablando de personas concretas, de carne y hueso, con nombre y apellido, que viven su vida sobre el suelo que pisan. En la “Tierra-Vida” de los mixes serranos. Y así como es diversa

la composición –momentánea o duradera– del Nosotros, diversos son éstos en la urdimbre. El nosotros nunca es igual a sí mismo ni a otros, pues su cambio es constante. A final de cuentas, con la comunalidad como herramienta, la indagación es sobre el Nosotros.

Esta pluralidad y complementariedad del Nosotros (Lenkersdorf, 2004) no debe hacernos pensar que se trata de una Identidad o de un Sujeto colectivos. Al ser Nosotros, cada uno es distinto, y no hay nada idéntico entre los que somos, más allá de las invariantes biológicas. Y resulta un contrasentido nombrar Sujeto –como si estuviera detenido– a lo inestable, a nuestra incertidumbre. El Nosotros puede verse como un ámbito de aprendizaje y del recuerdo entre los distintos. No se trata de descubrir una esencia ni de describir una mismidad, más bien, de dibujar el movimiento de cómo se aprende con todos y de todos, en comunidad. Es decir, la manera en que las personas concretan un Nosotros a través del trabajo, la oralidad y la imagen -y de otras tecnologías, como la milpa, o *Linux*.

Consideramos que el aprendizaje en la comunalidad es la espiral recursiva: Reconocimiento/Intercambio/Actualización.² El reconocimiento que hacemos de los Otros y Otras y de lo que somos Nosotr@s. De dónde estamos parados y qué es lo propio. Reconocemos un mundo con tres espacios mentales distintos y complementarios: el campo femenino, el masculino y el de los infantes. Se reconoce el compromiso, la curiosidad, la gracia, las capacidades y el interés de hombres, mujeres, niñas y niños de carne y hueso; su necesidad y esperanza. Esto significa reconocer la tercera dimensión de la realidad, la humana. Desde ahí se da el intercambio –en la charla, el silencio, la faena o la pachanga–, de abrazos, experiencias, conocimiento, herramientas, sentires, plegarias, dones, etc., con lo humano y lo no humano. Y se actualizan el Nosotros, la urdimbre y el mundo. Adecuación de

² Esta metodología fue propuesta por el equipo de investigación de Fundación Comunalidad, A.C., en la Sierra Juárez, dentro del proyecto “Educación comunitaria”, realizado entre 1997 y 1999.

la raíz y del afuera: un Nosotros distinto en una nueva realidad. Una disposición inédita. Plena posibilidad.

SUGERENCIAS DE USO

Para procurarnos una metodología útil en la investigación del Nosotros conviene tomar muy en serio el principio de complementariedad comunal. Y colocar a la polaridad triádica: mujeres/hombres/infantes, en primer lugar, ordenándolo todo, como una matriz. La razón de esto es epistémica antes que política. El suelo que se pisa, la organización de la gente que pisa ese suelo, lo que esta gente hace y lo que logra (es decir, los pilares: territorio/autoridad/trabajo/fiesta), deben mirarse en el horizonte del género vernáculo (Illich, 2008), agregando un tercer espacio mental, el de los infantes. En otras palabras, hay que considerar la existencia de una trinidad de dominios. Dos campos de complementariedad asimétrica y ambigua, definidos por modos distintos de sentipensar, de habitar, de hablar, de ser y de compartir, de espacios, herramientas y ritmos, propios de mujeres o de hombres. Y un tercer campo difuso, donde están los críos que necesitan cuidados. Los límites de estos campos son establecidos según el modo de cada comunidad. Aunque no sobre un piso parejo: lo comunal moderno se ha constituido sobre la Ilusión patriarcal dominante y en su relación con la sociedad económica. Los movimientos de las tres espirales comunales son la vivencia de hombres, mujeres y niños ordinarios. Aceptamos en la luz una naturaleza dual, de onda y partícula. En la indagación del mundo comunal requerimos de algo semejante: una mirada triádica y complementariedad epistemológica (Illich, 2008: 237).

Así, las tres espirales (afuera/raíz/experiencia), podrían mirarse en la perspectiva triádica y complementaria señalada arriba. Es decir, tendríamos que considerar lo obvio: la vivencia de una imposición externa y la respuesta ofrecida, la relación con la tierra, o el modo de hablar, son distintos entre hombres, mujeres e

infantes. En el tequio y en la fiesta cada uno de ellos participa, o no, a su manera. Un estudio de este tipo incluiría la experiencia diferenciada y complementaria de lo comunal en esos tres espacios mentales: masculino, femenino y amorfo.

Otra manera sería tomar las tres espirales como marco general de un reconocimiento profundo. De tal suerte, tendríamos: lo ajeno/lo propio/lo posible. Nuevamente, tres espacios mentales distintos: el de la sociedad económica, el comunal, y uno más que podría brotar del diálogo. Esto implica tres reconocimientos: como identificación del Otro, el reconocimiento de sí, y un reconocimiento mutuo (Ricoeur, 2006), éste último, en vías de construcción. Y en los tres, tanto diálogo dialéctico como dialógico. Criticar, cuestionar los fundamentos de Occidente y de la Comunalidad, sí, pero también confiar y creer en los testimonios del Otro/a. Estos reconocimientos requieren examinarse en las tres dimensiones del mundo: raíz, acuerdo y ejercicio en el comunal; mito, estructura y morfología en Occidente. Y también, considerando las tres dimensiones de la realidad: lo Innombrable, el mundo, y las mujeres, hombres e infantes concretos. En un arco temporal que inicia hace unos diez mil años, con la invención de la agricultura y el andar del *homo cordis* por estas tierras. Y hacia el futuro, de haberlo, terminaría cuando se borre de la tierra nuestra última huella (Panikkar, 2007; 1999b).

Finalmente, sospecho que el giro constitutivo del *Nosotros* puede “duplicarse” y, que si bien representa la dinámica del encuentro y el aprendizaje donde se vive el Nosotros, también puede servirnos en su investigación. Por ello, se podría simplemente investigar ese bucle (reconocimiento/intercambio/evaluación) en la compartencia de un Nosotros específico, considerándolo en una espiral afuera determinada (imposición/resistencia/adecuación), y describiendo sus relaciones en la totalidad comunal. Otra vía es observar el surgimiento y las transformaciones de los Nosotros en el tiempo, en tanto ámbitos de aprendizaje. O bien, dándole contenido concreto en una comunidad específica a algunas de las distinciones sugeridas en este “mapa”. Nadie va a todos los puntos señalados en un mapa, más bien seleccionamos algunos de ellos, trazamos una ruta y vamos al encuentro.

BIBLIOGRAFÍA

- Esteva, Gustavo (2015). "Para sentipensar la comunalidad". *Bajo el volcán*, 23. Puebla: BUAP.
- Guerrero, Arturo (2013). "La comunalidad como herramienta: una metáfora espiral". *Cuadernos del Sur*, 34, pp. 39-55.
- Illich, Ivan (2006). "La sociedad desescolarizada", en *Obras reunidas I*. México: FCE.
- Illich, Ivan (2008). "El Género vernáculo", en *Obras reunidas II*. México: FCE.
- Illich, Ivan y Sanders, Barry (s/f.). *ABC: La alfabetización de la mente popular*. Traducción al español inédita de Leonor Corral. México.
- Lenkersdorf, Carlos (2004). *Conceptos tojolabales de filosofía y del altermundo*. México: Plaza y Valdez.
- Martínez Luna, Jaime (2013). *Textos sobre el camino andado, tomo I*. Oaxaca: CAMPO/CSEII/ CMPIO.
- Ong, Walter J. (1987). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: FCE.
- Panikkar, Raimon (1999a). *El espíritu de la política*. Barcelona: Península.
- Panikkar, Raimon (1999b). *La intuición cosmoteándrica*. Valladolid: Trotta.
- Panikkar, Raimon (2007). *Mito, fe y hermenéutica*. Barcelona: Herder.
- Parry, Adam (Comp.) (1971). *The Making of Homeric Verse: The Collected Papers of Milman Parry*. Oxford: Oxford University Press.
- Ricoeur, Paul (2006). *Caminos del reconocimiento*. México: FCE.
- Robles Hernández, Sofía y Cardoso Jiménez, Rafael (Comps.) (2007) *Floriberto Díaz. Escrito*. México: UNAM.